

tiempo todas las cosas y permanece inactivo, incapaz de decidirse. El escéptico es un aborto.

—Un tantico extremas el argumento. Observa que la distinción entre la fe y la creencia es pura sutileza. Una creencia cualquiera nos pone fuera de la realidad del resto del mundo. Todo lo que no cae dentro de la creencia se tiene por falso y por irreal. El creyente, como el hombre de fe, reputa disparatado cuanto no se ajusta a los cánones de su dogma, o de su idea directora, si lo prefieres. El es el verdadero ciego. Ciertamente que tiene un guía. No vé por sus propios ojos sino por los del guía. No puede caminar ni obrar más que en la dirección que se le impone. No puede elegir ni deliberar, aunque se imagine lo contrario. Está irremisiblemente perdido para la libertad. De aquí la razón del escepticismo. Fíjate en la enorme resistencia que las creencias oponen a toda idea nueva, a toda verdad descubierta.

—Barrunto que te hallas en trance de no creer ni en tí mismo. ¿Cómo no te haces cargo de que de todos modos ciegos somos y estamos necesitados de brújula que nos oriente, de algo que nos dirija? La razón, —¿cómo no?— puede darnos la certidumbre y si no, nos dará por lo menos la idealidad. Y la certidumbre o en su defecto la idealidad nos conducirá en el laberinto de la vida, mientras que tu escéptico famoso no haría sino perderse en él. Medita y verás que nuestra limitación física e intelectual, implica esta misma limitación directriz. Es necesario vivir de algo y para algo.

—¡Ay, amigo, cuántas veces nos ha engañado la razón! No es que yo la niegue. Es tanto el instrumento obligado de toda investigación y de toda sabiduría como la única autoridad para el individuo. Fíjate: digo que no es su único guía aunque sea su único rey, su único dios, su único todo. La razón sola, solita, ha engendrado los innumerables errores históricos y contemporáneos. Espero que no creerás en el estupendo milagro de que un puñado de vivos fuese el inventor del

embuste religioso, del embuste político y del embuste económico ni que una piña de sabios tuviese la ocurrencia infeliz de darnos gato por liebre llenando el mundo de atrocidades científicas. Todos en ello pusimos nuestras pecadoras manos. Las razones de los millones de hombres que fueron y que son, elaboraron y elaboran ahora mismo la enmarañada trama de las falsedades en que vivieron y vivimos. La razón distingue muy mal las buenas de las falsas monedas. En busca de aquéllas anda siempre rica de éstas. Debo agregar que precisamente ocurre así por su empeño en darse valores fijos e inmutables y descansar trantranquila de las pícaras y fatigosas investigaciones. Los valores fijos e inmutables son las creencias, las ideas hechas. Creer es más fácil que averiguar. ¡Y es tan cómodo decretar la certidumbre, creerse en posesión de lo absoluto verdadero!

—Largo y metafísico es tu discurso. Propendes, quieras que no, a anular la razón. Si no quieres que la verdad vaya envuelta casi siempre con mil errores, inventa una razón nueva, infinita, absoluta. Ya ves que yo también *metafisiqueo*. Limitados somos, limitada es la razón. Sus esfuerzos por desenmarañar el misterio de todas las cosas, constituyen la historia entera de la humanidad. El futuro se compondrá también del desenvolvimiento triunfante de esfuerzos sucesivos. Y de aquí no hay posibilidad de salir. Poco a poco destruir errores, descubrir verdades. Las ya descubiertas dan el presentimiento de otras nuevas que son nuestros guías. Sin esto caminaríamos a tontas y a locas.

—No quiero, no, anular la razón. Pero no la admito como soberano absoluto. De aquí a la infalibilidad no hay más que un paso. La verdad no reside en ella sino en la naturaleza. Y la naturaleza no sabemos que sea un silogismo. Sabemos que allí está, para nosotros por lo menos, toda la realidad, toda la verdad, toda la ciencia. No sale la realidad de la lógica, sino la lógica de la realidad. La razón